



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 15.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Abril de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

¡Amemos á nuestros enemigos! por Luisa.—**Voces del alma**, poesía, por E. A. V. R.—**Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Un consejo**, poesía, por don Ricardo de Santa Cruz.—**La Virgen de las ruinas**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

¡AMEMOS Á NUESTROS ENEMIGOS!

No perdona Dios al que á otro no perdona.
(Ripalda.)

Cuando yo era niña me repetía con frecuencia mi bondadosa madre estas palabras: «Ama á Dios sobre todas las cosas; y al prójimo, aunque sea tu enemigo, ámale como á tí misma.»

Y este sublime precepto, el mas hermoso y magnífico del divino Decálogo que dió Jehovát en el Sinaí al gran legislador del pueblo hebreo, quedó escrito en mi alma para no borrarse nunca; porque Dios, al escribir en tabla de piedra su admirable Ley, se propuso que los hombres la grabasen con fé en su corazon para no olvidarla jamás.

Pero tan duro les es á ciertos seres amar

al que los ofende que he oido decir á muchos: Yo perdono á mis enemigos, porque Dios lo manda, pero confieso ingénuamente que carezco de fuerzas para amarlos.

Pues qué, ¿hay accion mas noble y bella que ofrecer toda nuestra sangre en beneficio de los que nos la abrasaron con sus insultos?

¿Hay emocion mas dulcísima que la que se experimenta al tender una mano generosa al que nos hizo enjugar, con esa misma mano, las lágrimas de amargura que sus burlas y escarnio arrancaron á nuestros ojos?

Pues si no hay mayor placer que amar á nuestros enemigos, ¿por qué no hemos de adunar fuerza para amarlos?

¿Cuántas veces obrando bien con el que nos quiere mal, despertamos en su alma sentimientos tiernísimos de amor!

¿Cuántas veces el odio, al chocar con la indulgencia, ha sentido arrepentimiento, vergüenza y confusion!

¿Y qué mayor triunfo y gloria mas grande que confundir con nuestro cariño y abnegacion al que nos aborrece?

Las palabras que mas brillan en la historia de Carlos III, son las que este monarca pronunció,

espirante en su lecho de dolor, al preguntarle el Patriarca de las Indias si perdonaba á sus enemigos. *¿Y á este trance habia de aguardar para perdonarlos?* respondió Carlos; *todos fueron perdonados en el acto de la ofensa.*

¡Ah! ¡Bendito sea mil veces el que olvida y perdona las injurias! ¡Bendito el que, sometido por Dios á una prueba de valor, obediencia y caridad, sale victorioso!

¡Bendito el que desprecia la venganza!

¡Bendito, bendito sea el que llama hermano á su enemigo y le ama como á sí mismo, porque es su prójimo, porque es hijo de Dios!

Cuando una mirada de terrible odio tropieza con una mirada de amor, la primera depone avergonzada su crueldad para dar paso á otra ráfaga mas pura, por donde, envuelta en una lágrima de dulcísimo llanto, asoma con timidez el alma buscando al alma ofendida para confundirse con ella en un dulcísimo abrazo. Entonces el ángel del perdón las une y sonríe: las brisas celestiales bajan á perfumarse en la rosa divina del amor; y los serafines cantan en el cielo con sus arpas de flores, el cumplimiento en la tierra de la Ley santísima de Dios.

Vosotros, los que sentís arder vuestra sangre y oprimirse vuestro corazón, inocente acaso, por la falsedad de vuestros enemigos, bendecidlos en cada suspiro que arranquen á vuestros labios sus burlas; bendecidlos en cada eco de dolor que os hagan exhalar sus desprecios; bendecidlos en cada lágrima que pongan sus ofensas en vuestra pupila.

No, no os vengueis de los que os martirizan; y cuando vuestras heridas goteen mas sangre; cuando en vuestra honra se bebe con mas encarnizamiento la dañada intencion de los que os aborrecen; cuando el venenoso aguijón de la envidia se clave con mayor fuerza en vuestra reputacion, inclinad vuestra frente, doblad vuestra rodilla y alzad vuestra mas hermosa plegaria al Altísimo diciéndole: *Yo os amo, Dios mio, sobre todas las cosas. Perdon para mi enemigo: es mi prójimo, y le amo como á mi mismo!*

Luisa.

VOCES DEL ALMA.

UN NIÑO.

Tranquila estaba la noche,
Y, la luna su luz pálida,
Extendía por la tierra,
Donde todo estaba en calma!
Óyese el clamor sonoro,
Vibrante de una campana;

Son las tres: así lo dice
El reloj que no descansa!
En aquel instante mismo,
Y en una modesta casa,
Veía la luz primera
Niño hermoso que bajaba,
De la mansion de los cielos,
Á la tierra desdichada!
¡Pobre niño! Ya comienzan
Para tí, pruebas amargas:
El frío no te perdona,
Que ya con rigor te trata!
Llora, niño de mi vida!
Llora, niño de mi alma,
Pues, ya te aguarda la vida
Que tiene desdichas tantas!
Dios te lleve de la mano,
Ángel que puro descansas
En los brazos cariñosos
De tu madre enamorada!
Y tú, serafín custodio,
Tú, que vas á ser su guarda,
Tú, que le cubres amante
Bajo tus nevadas alas,
Defiende á ese pobre niño,
El mal, siempre, de él aparta;
¡Que no se amarguen sus días!
¡Que no se pierda su alma!

E. V. R.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

María á Fabian.

Hace cuatro dias que no te escribo, Fabian, y hoy voy á dedicarte algunos momentos, contestando á tus cartas y refiriéndote mis pensamientos.

Si no estuviera tan segura de tí, si no estuviera cierta de que la rectitud y nobleza de tu alma rechazan instintivamente todo lo que no es digno y puro, me estremecería el verte al lado de esa mujer, tan bella y tan peligrosa.

Pero te conozco demasiado y estoy tranquila. ¡Oh! yo no puedo comprender la influencia de ciertos seres; no me explico cómo una mujer, por muy hermosa y entendida que sea, puede hacerse dueña del alma de un hombre, si las cualidades de su corazón no están en armonía con las gracias de su rostro.

¡Qué amor tan fatal, qué pasión tan funesta es aquella que la razón rechaza y que domina, sin embargo, el espíritu, haciéndole su débil esclavo!

¡Pobre Julio! le compadezco sin conocerle; sin haberle visto me inspira lástima.

Procura tú, Fabian mio, curarle de esa extraña locura que puede ser tan fatal, y procura como dices, ser también el rayo de sol que ilumine la vida de esa pobre niña, tan desgraciada y tan inocente. ¡Cuánto te lo agradecerá tu madre desde el cielo!

En tu propio corazón, además, hallarás la recompensa. ¡Es tan dulce amar á un niño, es tan fácil guiarle por la senda del bien!

Si tú supieras cuánto quiero á Elvira, si tú pudieras ver qué bien nos comprendemos las dos!

Cuando le hablo de su padre parece como que adivina mi pensamiento, aun antes que yo lo exprese. La he enseñado á que le ame como él debe ser amado: con veneración, con respeto y ternura, y ella cede al impulso que la doy, y refleja en su alma los sentimientos que la imprimo.

Desde que estoy á su lado, una intimidad mas dulce reina entre el padre y la hija, y cuando les veo unidos y formando un grupo que un artista envidiaría para representar á la inocencia y á la resignación, siento que una lágrima tiembla en mis pupilas, y bendigo á Dios que ha formado tan dulces lazos.

¡Oh! á veces también, cuando una caricia, cuando un suspiro amante se escapa de los labios de Horacio para caer en la frente de su hija, no sé por qué me estremezco á mi pesar, creyendo que aquel suspiro viene también á resbalar en mi alma!

¡Pobre Horacio! ¿por qué esa mujer no le comprenderá, por qué no adivinará la grandeza del espíritu y la elevación del pensamiento, encerrado en la estrecha prisión de su mente?

Esta idea me preocupa y no la sé definir, como tampoco me explico la conducta de Amelia.

Ya te hablé de aquella carta firmada con el nombre de *Arturo*; de aquella carta cuyo contenido no ví, pero que ella tenía interés en ocultar, cuando mintió, y mintió en mi presencia, y sabiendo acaso que yo tenía la evidencia de la falsedad de sus palabras.

Nada me dijo entonces, pero en aquella tarde pareció menos altiva y menos dura conmigo.

Por la noche, cuando su madre se retiró, mandó á Felisa para decirme que me esperaba en su tocador, y que deseaba que subiese antes de recogerme. Yo la obedecí.

Seguí á la doncella y al penetrar en la habitación de la condesa, me detuve á la entrada esperando sus órdenes.

Jamás hasta entonces me había ocupado para nada.

Mis deberes se habían reducido á servir y acompañar á su madre, y si me había cuidado algo de la educación de Elvira, había sido por mi voluntad, no mas.

Para nada había necesitado jamás de mis servicios, y cuando me llamaba ahora era indudable que tal vez quería saber á qué atenerse con respecto á mi discreción, ó cerciorarse de si yo había leído ó no la carta que tuve en mis manos.

Al verme, pues, dió algunas órdenes á Felisa para que saliese, y las dos quedamos solas.

—Señorita, me dijo, creo que mi madre está contenta de los servicios de V.

—Procuro complacerla, señora, la respondí, y sin duda mi buen deseo suple á mi poca aptitud.

—Falta saber si V. está satisfecha en esta casa, si desea permanecer siempre en ella.

—¡Oh! contesté con precipitación, creyendo que se trataba de separarme de estos sitios; si lo estoy, lo estoy, señora.

—Está bien: yo me complazco en ello, pues de ese modo creo que jamás dará V. motivo para que la aleje del lado de mi madre, de mi hija, y.... de mi esposo!

Era tan marcado el acento con que pronunció estas palabras, que no me podía quedar duda de lo que quería decir.

—¡Cumpliré con mi deber! la respondí yo solamente, pensando á la par en que mi deber era no aumentar con una nueva amargura la desgracia de Horacio.

—En hora buena, replicó.

Y después de vacilar un instante, añadió:

—Ahora, como yo sé agradecer los cuidados que prodiga á mi madre, y el cariño que profesa á Elvira, le ruego á V. que acepte este pequeño don.

Y al decir esto, alargó su mano, y tomando de su tocador uno de los infinitos estuches de joyas que allí había, le alargó para ofrecérmelo.

¡Oh! el carmin de la vergüenza debió de cubrir mi frente, porque sentí que una llamarada de fuego encendía mi rostro.

¡Amelia quería pagar mi silencio!

¡Quería comprar una cómplice!

Por primera vez desde que estoy en esta casa mi posición me pareció triste; por primera vez se me hizo amargo y penoso el lugar que ocupó aquí! por primera vez encontré duro y humillante el pan de la servidumbre!

Rechacé con un movimiento digno su mano, y la dije con voz que en vano quería hacer tranquila:

—Perdone V., señora, si no puedo aceptar sus joyas; nada he hecho que merezca ese don. Cum-

plo aquí con los deberes que la suerte me ha impuesto, y recibo por ello una retribucion convenida de antemano. Con esto puedo amparar á mi madre, noble y rica ayer, pobre y oscurecida hoy, y estoy suficientemente recompensada. Nada quiero ni nada ambiciono mas, ni debo admitir tampoco esos objetos, que ni están conformes con mi actual estado, ni yo he ganado lealmente.

—¡Ah! exclamó con un acento singular: me olvidaba que, segun me han dicho, no siempre ha ocupado V. la posicion en que hoy se halla! tiene V. razon.

Se levantó entonces, sacó de uno de los cajones un medallon con un retrato, y me lo presentó diciendo:

—Esto no lo rehusará V., ¿es verdad? esto es un recuerdo y no una recompensa, María.

Vacilé un instante, y al fin tomé el medallon, que en verdad no tenia mas valor que el de la imagen que encerraba.

Pero al fijar los ojos en él estuve á punto de dar un grito y devolvérselo de nuevo, porque era un retrato de Horacio el que tenia en mi mano.

—¡Señora! exclamé confusa y sorprendida; yo....

Amelia me miró al principio con extrañeza, y despues sonriendo tranquilamente.

—No, no es ese, exclamó: es el retrato de Elvira el que yo le quiero dar: es este, dijo, volviendo el medallon por el otro lado; pero le tenia junto con el de su padre y me olvidé de quitarlo. V. puede hacerlo cuando quiera, añadió con indiferencia.

Yo estaba tan turbada que no supe qué contestar.

—Puede V. retirarse cuando guste, me dijo, y tendré en mucho sus servicios, si sigue V. la misma conducta que hasta aquí.

Hice una respetuosa reverencia y me alejé de aquel sitio volviendo de nuevo á mi cuarto.

Una vez en él, y sin temor de que nadie me viese, fijé mi vista en aquellas miniaturas de un parecido perfecto.

Oh! Elvira se asemeja á un ángel; ¡qué hermosa es! tiene las facciones tan bellas como su madre y la expresion noble y digna de su padre; y Horacio.... ¡Oh! aquí está representado cuando sus ojos no habian perdido la luz! cuando en su mirada se reflejaba su alma!

No sé por qué ese retrato en mis manos me ha estremecido; me ha parecido que cometia una falta, sin saber cuál, en conservarle; he querido desprenderme de él, sacarle de allí, y tener solo el de la niña; pero al ir á hacerlo me pregunté

la causa de esto y no supe contestarme. ¿Porqué yo, que tanto anhelo ligar el alma de estos dos seres, habia de separar estas dos imágenes?

Además, ¿no me las habia dado Amelia? ¿qué mal existia en que yo las guardase? ¿no seria quizá darle á este hecho un valor que en sí no tenia?

Despues de hacerme todas estas reflexiones, hermano, mio, me decidí á dejar el medallon tal cual estaba, y á conservarle en mi poder.

Al dia siguiente, ni Amelia ni yo recordamos ante la familia nuestra conversacion de la víspera, y seguimos observando la misma conducta de siempre.

Por la tarde doña Juana quiso bajar al salon, á pasar la noche con sus hijos; pero al hacerlo nos hallamos con una visita: la marquesa de San Luis estaba allí: habia venido á ofrecer á su amiga un asiento en su palco de la Ópera, y la rogaba con gran insistencia que aceptara su invitacion.

—Es preciso que nos acompañes, decia; el teatro debe estar animadísimo, es noche de estreno, y faltar seria un atentado contra el arte y contra el buen gusto.

Doña Juana manifestaba una débil oposicion á que su hija admitiese el convite, y Amelia parecia irresoluta sobre el partido que debia adoptar.

Yo la observaba con insistencia, y podia notar la vacilacion y la duda impresa en su semblante.

En aquel momento apareció Felisa á la puerta del salon, con un precioso ramillete en una bandeja de plata.

—Estas flores acaban de traer para la señora, dijo sin separarse del dintel.

—Pero ahora..... murmuró Amelia palideciendo.

—Me han suplicado que las entregue en este momento mismo.

La condesa se levantó con un movimiento irreflexivo, y tomó el ramo de flores.

Las contempló por un momento, y yo ví que sus labios temblaron imperceptiblemente.

Algo de extraño habia sin duda en aquel presente.

Nadie se cuidaba de mí, y por consiguiente, yo podia observarlo todo desde mi puesto.

Amelia, con una calma afectada, se dirigió á una mesa que habia en un extremo del salon, para dejar las flores en una ancha copa de cristal donde habia otras colocadas.

Fijé mis ojos en un gran espejo que se ostentaba sobre aquella mesa, y pude verla sacar de entre el ramo un pequeño papel, por el cual pasé

su mirada, arrugándolo despues entre sus dedos.

Nadie notó aquella accion, porque Amelia estaba de espaldas á su madre y á su amiga.

—¿Qué resuelves? preguntó esta última viéndola aproximarse.

—Que acepto tu invitacion y que te acompañaré esta noche; respondió Amelia con inseguro tono.

—¿Que irás! exclamó la anciana con disgusto; otra noche solos! ¿pero has pensado....?

—Sí.

—Tu esposo.... Elvira.... dijo doña Juana como si aquellas palabras hubieran podido retener á su hija.

—María se encargará de reemplazarme leyendo cerca de Horacio, y jugando con V. algunas partidas de ecarté.

La anciana no contestó; pero en su rostro se reflejó una tristeza profunda.

La marquesa se marchó, y Amelia, despues de acompañarla hasta la antesala, se dirigió á su tocador.

Doña Juana y yo quedamos solas, hasta que algun tiempo despues apareció Elvira asiendo de la mano á Horacio.

El conde ocupó su sillon cerca de la mesa, y la niña, despues de besar á su abuela, se sentó á los piés de su padre, procurando distraerle con su inocente charla; yo leia junto á la anciana.

Cuando dieron las ocho, un criado trajo luces, y el ruido de un traje de seda anunció la llegada de Amelia.

Venia deslumbradora de hermosura y elegancia; su rico traje, á grandes rayas blanco y grana, ceñia admirablemente su esbelto talle: sus brazos y su cuello se perdian entre una nube de blondas, entre las cuales brillaban, como millares de rayos de luz, los diamantes y los rubies de su magnífico aderezo.

Sus abundantes y perfumados cabellos caian en largos rizos sobre su espalda, ostentando entre ellos dos rojas camelias.

—¿Te marchas ya? preguntó su madre al verla aparecer.

—Sí, es hora, y no quiero hacerme esperar.

—¿Vas á salir? exclamó Horacio que habia escuchado estas palabras.

—¡Oh! es preciso, es un compromiso del cual no he podido prescindir.

—¡Ah!

—El carruaje espera, y no debo tardar; hasta luego.... ó hasta mañana.

Tan rápidas habian sido sus palabras que nadie la contestó.

Antes de salir, tomó el ramo que habia aceptado pocas horas antes, y prendió á su pecho

una rosa encarnada que se ostentaba en él.

Algunos minutos despues, el ruido del carruaje que la conducia, hacia retemblar los cristales de los balcones.

El enojo y la mas sorda cólera estaban retratados en el semblante del conde.

La tempestad que agitaba su alma parecia próxima á estallar, contenida solo por la presencia de aquella anciana y de aquella niña.

Yo quise combatirla de algun modo, y me acerqué á él diciéndole con el acento mas dulce que pude modular.

—Señor conde, Elvira está aquí, y me ruega que en su nombre haga á V. una peticion.

—¿Una peticion! ¿y cuál es?

—Hace algunos dias que con el afan de sorprenderle, estudia con mucha atencion sus lecciones de piano, y ahora....

—¿Y bien....?

—Quisiera que escuchase V. una melodía....

—Que ella me ha enseñado, papá, dijo Elvira con precipitacion.

—¡Ah! exclamó el conde distraido.

—Pero si yo toco ha de ser con la condicion de que ella la cante; añadió de nuevo la niña: tiene una hermosa voz, y yo quiero que la oigas.

—¡Oh! calla, Elvira, exclamé; calla por Dios: yo jamás me atreveria....

—Mándaselo tú, papá, dijo Elvira; porque sino es muy capaz de negarse á ello.

—Yo no tengo derecho alguno á mandar nada á esta señorita, hija mia; respondió siempre preocupado: yo puedo suplicar tan solo.

—Vamos, María, murmuró la anciana tomando parte en la conversacion, y deseando acaso distraer al conde: vamos, María, complazca V. á esa niña, yo se lo ruego.

Mis palabras habian dado diferente resultado del que yo me prometia; pero sin embargo, tuve que ceder, y me acerqué al piano acompañada de Elvira.

Una plegaria á la Virgen era la pieza que le habia hecho estudiar, y una plegaria á la Virgen fué tambien lo que yo canté.

Aquella música, dulce como una súplica, tierna como un suspiro, melancólica como el pesar, llamó la atencion del conde, que poco á poco fué olvidándose de su enojo para prestar oido á aquel canto.

Yo estaba muy conmovida, y acaso el sentimiento de mi alma se trasmitia al timbre de mi voz, porque ví el rostro de Horacio cambiar enteramente y reflejar, no ya la cólera y la desesperacion, si no la esperanza, la fé y la calma que se deben gozar en el cielo.

Cuando terminé, me rogó tan encarecidamente que continuase aun, que tuve que ceder y repetir la melodía.

—Gracias, Maria, murmuró cuando concluí, y llamándome por mi nombre por la primera vez desde que estoy aquí. Gracias: su acento de V. me ha hecho mucho bien; sin duda que esa plegaria, llegando á los cielos, podría alcanzar para mí la resignación y la paz.

Y despues añadió mas bajo:

—La misión de los ángeles es sostener á los débiles mortales, y V. es un ángel cuyo rostro no puedo ver, pero cuyo corazón adivino.

Elvira vino á sentarse sobre mis rodillas, y me evitó una respuesta que no hubiera sabido dar.

Su padre la prodigó algunas frases cariñosas, felicitándola por su aplicación.

—No me lo agradezcas á mí, dijo la niña en medio de su inocencia, sino á María que quiere que sea muy buena y que trabaje para tí. ¡Si tú la oyeras rogarme que te ame mucho y que procure endulzar tu infortunio! ¡Oh! ¡lo hace con tal afán, con tal insistencia, que la he prometido complacerla, por no verla llorar por tí.

—¡Elvira! exclamé con angustia; eso que dices....

—Déjela V. hablar! ¿no la ruega V. que endulce mi infortunio? ¿por qué privarla de hacerlo?

Callé un instante, y despues, sobreponiéndome á la natural confusión que las frases de la niña habían producido en mí,

—Tiene V. razón, le respondí con voz tranquila; solo los sentimientos culpables deben ocultarse, y la veneración y la simpatía que inspiran la desgracia no es una culpa. Desde que pisé esta casa, desde el día en que le ví privado de la luz, pido á Dios por V., y quisiera aliviar su mal, y en esto creo que cumplo tan solo un deber, porque.... lo mismo haría por cualquier otro ser á quien viera sufriendo.

La condesa me interrumpió para exigirme no sé qué servicio, y no volvimos á hablar en toda la noche.

Cuando la anciana se ha retirado me he venido á mi cuarto, sin querer volver al salón, y me pongo á escribirte para contarte, como antes te ofrecí, hasta mis mas ocultos pensamientos; ya lo he hecho y estoy mas tranquila. Ahora voy á acostarme procurando pensar en tí, en nuestra madre, en la apacible soledad de nuestra casa, y en Dios, bajo cuya protección me pongo todos los días.—*María.*

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UN CONSEJO.

¿No ves nacer la purpurina rosa
Al primer arrebol de la mañana?
¿No ves cuál muestra su corola hermosa
Y está su hechizo desplegando ufana?
Pues al llegar la tarde calurosa
Perderá su riqueza, toda vana;
Pues, las galas que dá naturaleza
Se agostan ¡ay dolor! con gran presteza.

¡Oh niña! Dios te ha dado la frescura
De la rosa que nace en la pradera,
Te ha dado su primor y su hermosura
Y te ha dado su vida placentera;
Mas goza de este bien que ahora fulgura,
Y que nunca el dolor tu pecho hiera;
Pues ¡ay! tras la mañana de la vida
Viene tarde falaz de llanto henchida.

Ricardo de Santa-Cruz.

LA VIRGEN DE LAS RUINAS.

(Continuacion).

—¿Y ese consuelo....?

—Es la paz.

—¿Ese bien....?

—Es Dios.

—¡Oh! dime tu nombre.

—Ayer me llamaba Teotísbe.

—¡Ayer! pero ¿y hoy?

—Mi nombre está borrado de la lista de los vivos!

—Cuanto mas te escucho te comprendo menos, y sin embargo despiertas mi curiosidad y no sé por qué dominas mi corazón.

El ruido de algunas palabras y de algunas alegres risas, llegó entre las auras de la noche al oído de Valerio y su compañera.

—¿Esos ecos...? preguntó esta con terror.

—Es la voz de mis compañeros que recorren estos sitios para buscarte.

—¿Á mí! ¡Dios mío!

—Sí, á tí sola.

—¿Y quién ha podido descubrir mi asilo?

—El sonido de tu voz les reveló tu presencia.

—¡Oh! qué desgracia!

—Nada temas.

—Solo siento el ser vista, dejadme partir.

—¡Dejartel!

—¡En nombre del cielo!

—Pues bien, cedo á tu ruego, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Quiero saber tu historia, quiero saber...

—¡Ya llegan!

—Ofreceme que me esperarás á media noche en este lugar, á donde volveré solo.

La desconocida iba á negarse, pero el sentir ya muy cerca á los compañeros de Valerio, se decidió sin duda y murmuró con afanoso terror.

—Sí, sí vendré, pero ahora....

—Adios.

La joven huyó precipitadamente á tiempo que los cazadores aparecian por el lado opuesto.

Cuando sus amigos encontraron á Valerio, aun en el semblante de este se hallaba pintada la agitacion que dominaba su alma, y el trastorno que agitaba su corazon.

La vista y las palabras de aquella mujer habian producido en él una impresion tan nueva y estraña, que á pesar de sus esfuerzos no podia darse cuenta de ellas.

Como sucede siempre que una idea fija nos domina, la presencia de sus compañeros le fué molesta, y hubiera dado la mitad de su vida por hallarse solo en aquel instante.

—Nada hemos podido encontrar, le dijo Justiniano acercándose á él familiarmente: nada hemos podido encontrar, y cuenta con que no ha quedado ni una piedra ni una sola rama que no examináramos á nuestro paso. Pero ¿no me escuchas? parece que te has quedado mudo como la losa en que te apoyas.

—¡Yo! murmuró Valerio distraido.

—Sí, tú: ¿acaso has sido mas feliz que nosotros? ¿has acertado á encontrar á la incógnita cantora?

—¡Deliras! respondió el joven con una precipitacion extraordinaria, y queriendo ocultar la verdad: ¡deliras!

—¿Y por qué? acaso aquí mismo....

—Dejaos de simplezas: yo no he vuelto á recordar.... ¿y sabeis qué pienso?

—¿Dí?

—Que ese canto de que hablais....

—¿Qué?

—Tal vez ha sido una ilusion nuestra.

—¡Una ilusion!

—Sí; ya veis que aquí, en un lugar solitario, en un sitio desierto, no era fácil, no era posible que existiese una mujer.

—Pero todos la oimos.

—Sí, sí; todos: repitieron algunos.

—Y aun tú mismo, continuó Justiniano, aun tú mismo fuiste el primero....

—Pude equivocarme: además, ¿quién asegura que un animal salvaje, un pájaro desconocido no produjeran aquel sonido que llegó hasta nosotros?

—Yo dudo....

—Vamos, no pensemos mas en esto, os lo suplico, y tratemos de alejarnos de aquí antes que la noche avance enteramente.

—¿Irnos?

—Sí, sí; este lugar no es seguro para nosotros; tal vez alguna tropa de bandidos se oculta en estas ruinas, y nos esponemos á caer en sus manos permaneciendo aquí.

Esta razon pareció producir algun efecto entre los cazadores, que por otra parte no tenian interés alguno en permanecer en aquel sitio, donde ni alimento, ni abrigo, ni lecho en que reposar les era dado encontrar.

Así fué que despues de algunas ligeras dudas, decidieron emprender la marcha, alejándose de aquel solitario y arruinado edificio.

Durante este tiempo, el corazon de Valerio habia latido con violencia, dominado por mil encontrados sentimientos.

Queriendo á toda costa separar de allí á sus compañeros, temia que estos se negasen, impidiendo de este modo su entrevista con aquella misteriosa desconocida, cuyo recuerdo no se alejaba un punto de su mente.

Dominado por esta idea, solo pensaba en los medios de separarse de ellos, sin que su falta fuese notada, y poder estar allí de nuevo antes de que llegase la media noche.

Aceleró, pues, cuanto pudo la partida, y una hora despues todo era calma y soledad en aquel ignorado recinto.

Valerio pretestó una ligera indisposicion, y mas que todo un estremado cansancio, para despedirse de sus amigos, dejando á estos admirados con su estraño aspecto y con su inesperada conducta, cuyo móvil no acertaban á sospechar.

CAPÍTULO II.

Las horas habian pasado lentas y serenas, trayendo en pos de si el silencio y la quietud de la callada noche.

Ni un sonido, ni un rumor se percibia en el espacio, y la oscuridad tendiendo, doquiera su tupido velo, daba mayor misterio y hacia mas imponentes aquellas horas.

Alguna vez, cuando la luna rompía los grupos de pardas nubes, su luz azulada y diáfana daba al paisaje una pálida y triste claridad, que sin detallar los objetos enteramente, los mostraba á la vista dándoles formas y colores fantásticos.

Valerio agitado por mil encontrados sentimientos, pero dominado mas que todo por una

violenta impaciencia, abandonó su morada á los pocos instantes de penetrar en ella, habiendo aguardado únicamente á que sus amigos no pudiesen verle salir.

Solo, y envuelto en su ancho manto, emprendió la marcha por el mismo punto que habia atravesado poco antes, y después de una hora de caminar con incansable rapidez, llegó al pié de los muros, objeto de su ansiedad y de su anhelo.

Sin saber por qué, un terror supersticioso se apoderó de su espíritu, y le hizo detenerse un instante arrepentido casi de haber llegado hasta allí.

Con efecto, aquella misteriosa cita con una mujer desconocida de un todo para él, pero rodeada de tan extraño prestigio; aquella soledad, aquellas ruinas; la noche tan opaca y silenciosa, el perfume de las incultas flores que crecían entre las caídas piedras, el susurro de algunos insectos que dormitaban entre la húmeda yerba, y al cual se mezclaba de vez en cuando el fastidioso canto de algun ave nocturna; todo tenía un aspecto melancólico y nuevo que despertaba en su alma una tristeza inesplicable.

—Si burlará mi empeño? se preguntó con afán, si su promesa de volver, dada en un momento de turbación, no tendrá valor para ella?

Valerio se dejó caer sobre una piedra pensativo y estremecido.

Sin duda la media noche no habia llegado todavía, y aunque no podia juzgarlo con exactitud se decidió á esperar de nuevo.

Con el oído atento al mas ligero sonido, con la vista escudriñadora fija en el punto donde habia visto aparecer á Teotisbe, sentia que su corazón latía con violencia, y que su cabeza empezaba á desvanecerse, presa de un extraño vértigo.

Al fin un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo, pues allí muy cerca de él y medio velada entre la sombra, vió acercarse lentamente la misma forma blanca y leve que habia contemplado algunas horas antes.

Esta vez Valerio no se admiró como la primera, aunque un terrible entorpecimiento dominó todo su ser.

—¡Al fin has venido! murmuró cuando la tuvo cerca de sí.

—¿No os lo ofrecí? contestó ella con voz turbada.

—Sí, pero creí que olvidarias tu promesa.

—Eso jamás: yo no sé mentir, ni faltar á lo que digo.

—Gracias, gracias mil veces.

—Ahora, señor, decidme: ¿á qué me habeis hecho volver?

—Porque necesitaba veros, dijo Valerio empezando á tratar á la desconocida con mayor respeto que antes.

—Pero ¿qué pretendéis de una infeliz cuyo solo anhelo es terminar sus días en el silencio y en la oración?

—¿Qué pretendo? penetrar el misterio que os cerca, saber por qué estais aquí, comprender al cabo.....

—Escuchad, dijo Teotisbe con pausada voz. Sin duda Dios quiere que sepais mi suerte, cuando su mano os ha conducido hasta aquí. ¡Yo acato su voluntad, y estoy pronta á contaros mi historia! ¿Quién puede comprender los arcanos del cielo! ¿quién sabe ¡ay! quién sabe sus designios al acercaros á mí.

El acento de aquella mujer era grave y solemne al pronunciar estas palabras.

—Oid, pues, añadió sentándose sobre la yerba é indicando á Valerio un sitio á su lado, oid pues.

Lesbos fué mi patria: bajo su hermoso cielo ví la primera luz, y entre el rumor de sus brisas acariciaron mi frente los dulces besos de mi madre. La que me dió la vida, me dió tambien sus creencias y su fé, é iluminada por ellas, ví que nada hay cierto en el mundo sino el mas allá; el cielo!

Valerio fijó sus ojos en Teotisbe, y una admiración profunda, un sincero respeto sucedió á los tumultuosos sentimientos que le habian dominado hasta entonces.

El acento de aquella mujer era inspirado y solemne, y sobre su blanca frente irradiaba una claridad trasparente y divina.

—Continuad, señora, murmuró el jóven con anhelo; continuad.

—Cada día que pasaba, cada aurora que resbalaba sobre mis sienes, venia á grabar en mi alma un pensamiento solo: ¡Dios!

—¡Cielos!

—Y el suspiro de la brisa besando las flores, y el rumor de las olas del mar, y el eco del ligero viento, y el gemido de las auras perdidas en el espesor de las selvas, todo, todo sin cesar repetia en torno mio: ¡Dios, Dios! y en mi pecho se grabó este nombre, y mi corazón y mi oído le percibían sin cesar, y mi solo anhelo, mi sola aspiración desde entonces fué consagrar mi vida á Aquel que, siendo Señor de cielos y ángeles, de mundos y hombres, habia espirado en la cruz por salvar de la muerte á su ingrata criatura.

(Continuaré).

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.